

FE Y EXISTENCIA CRISTIANA

1. El problema de la relación entre la fe y la existencia suscita una fuerte repercusión en la conciencia del cristiano moderno, imponiéndole nuevos y urgentes interrogantes. ¿Comporta la fe la alienación de la existencia, o responde a sus dimensiones fundamentales? ¿Puede darse existencia auténtica fuera de la fe, o fe auténtica sin su realización en la existencia? ¿Es la fe la que permite comprender la existencia o la existencia la que permite comprender la fe? ¿Son distintas entre sí la fe y la existencia cristiana, o coinciden hasta su plena identificación? Son preguntas legítimas, que revelan el deseo de entender el valor de la fe cristiana para la existencia humana.

En los orígenes mismos de la Iglesia la fe y la existencia cristiana aparecen inseparablemente unidas: la fe en Jesús, «Señor y Cristo» implica la conversión a una existencia nueva y la permanencia en ella¹. En los escritos paulinos el término «fe» designa la totalidad de la existencia del hombre bajo la gracia de Cristo². El IV Evangelio expresa con el verbo «creer» todo el ser del cristiano³. Esta ecuación entre la fe y existencia aparece ya en los escritos del Antiguo Testamento: Israel existe como pueblo por la fe en el Dios de la Alianza. La fe, como actitud existencial total, que incluye la confianza en Yahvé y la fiel sumisión a las exigencias de la Alianza, viene expresada con la fórmula «apoyarse en Dios»⁴; solamente en la palabra de Dios puede encontrar el hom-

¹ Act. 2,38. 42. 44; 3,19; 8,22; 11, 21; 13, 12. 48; 14, 22; 15,5; 16,34; 17,22; 18,27; 19,18; 21,20. 25; 1 Thess., 1,9.10; 26,18. 20; 1 Thess., 1, 7-10; Rom., 10,4. 11; 15,13; Gal., 3, 22; 2 Tim., 1,12; 2,25.

² Rom. 2,17; 4,5. 11. 24; Gal., 2,20; 3,23-28; Eph., 1,18-21; 2, 8-10; 3,17; Col., 2,2-7. ³ Jo. 1,11-12; 3,14-16; 5,24. 39; 6,35-47; 7,37; 10, 14. 16. 26. 27; 11,26; 17,8. 21-25; 20,37; cf. 1 Jo., 2,23-24; 3,14; 4, 7. 8. 15; 5,1. 13. 20.

⁴ Ex. 14,31; Num., 14,11; 20,12; Dt., 1,32; 9,23; 2 Reg., 17,14; Is., 43,10; Ps., 78,22; 106,12. 24; 2 Par., 20,20.

bre el fundamento firme de su propia existencia⁵. El concepto bíblico de la fe, como respuesta total del hombre al Dios de la salvación y de la gracia⁶, representa el punto de partida de toda reflexión acerca de la misma fe en su relación con la existencia del hombre.

Por otra parte la antropología moderna ha descubierto en su rica complejidad las dimensiones fundamentales de la existencia humana en su temporalidad e historicidad, en el destino del hombre a realizarse por el ejercicio de su libertad en su relación al mundo, a la comunidad humana y finalmente al misterio inefable que llamamos Dios. El hombre es un ser «en proyecto», llamado a decidir el sentido definitivo de su existencia en el «acto total» de sus acciones libres, es decir, a realizarse progresivamente en el tiempo mediante su actividad sobre el mundo en comunión con los demás hombres; solamente así puede avanzar hacia su propia plenitud, prefigurada en su misma constitución «corporeo-espiritual», a saber, en su autoconciencia personal, en su apertura a los «otros» y en su vinculación al mundo. Para desarrollar su dinamismo espiritual, debe transformar con su reflexión y su trabajo la energía inmensa del universo, completando así el sentido del mundo; debe entrar en relación interpersonal con los demás hombres y contribuir al servicio de la comunidad humana en el progreso indefinido, que constituye su historia. En la medida en que crece el dominio del hombre sobre el mundo, aumenta su responsabilidad personal en la historia de la humanidad.

La existencia humana está internamente amenazada por el riesgo permanente de la muerte. La soledad radical de cada hombre y su insuperable inseguridad anticipan la soledad absoluta y la angustia íntima, que constituyen la experiencia única de la muerte. La autodestrucción total de la humanidad, cuya posibilidad comienza a perfilarse como la meta inevitable del progreso técnico, ha agudizado dramáticamente la presencia de la muerte en la existencia humana. Pero en la experiencia misma de su destino a la muerte vive el hombre la necesidad insuprimible de esperar más allá de la muerte. Esta esperanza trascendente radica en la misma conciencia personal del hombre, que está presente a

⁵ Is., 7,7.

⁶ Cf., J. ALFARO, *Fides in terminologia biblica* «Gregorianum» 42 (1961) 463-505.

sí mismo en la luz de su propio espíritu y por eso no puede aceptar el absurdo de una regresión radical de su luminosa autopresencia en el vacío absoluto. En la experiencia humana de la muerte se refleja la paradoja constitutiva del hombre como «espíritu-finito», a saber, su finitud creatural y su ilimitada aspiración espiritual. Éste es el misterio fundamental del hombre; precisamente en este su propio misterio está orientado el hombre hacia el Misterio Absoluto, Dios: solamente por la inmediata unión de amor con el Espíritu Absoluto (es decir, por la autodonación de Dios) podrá el hombre llegar a su definitiva plenitud⁷.

La presencia implícita de Dios en la «espiritualidad-finita» constitutiva del hombre no es en sí misma la gracia, sino la capacidad radical de recibir la gracia; la expresión categorial de esta presencia condiciona la fe, pero no es la misma fe. La gracia es Dios en Sí mismo, que se comunica inmediatamente al hombre y le llama a la comunión de vida con Él; esta llamada interior constituye la más profunda dimensión de la existencia humana: su aceptación y expresión en el hombre es la fe. La autocomunicación de Dios en Sí mismo tiene lugar ante todo en Cristo y por Cristo en los hombres. Por eso la fe y la existencia cristiana se fundan en el misterio de Cristo y deben ser consideradas a la luz de este misterio.

2. El Nuevo Testamento presenta a Cristo como el «amado de Dios» por excelencia⁸. Dios es su Padre en un sentido exclusivo y absolutamente nuevo: la Filiación divina constituye su carácter mismo personal⁹. Su mismo ser y obrar humanos provienen del amor, en que Dios se le da personalmente como su Padre y le comunica su propia vida¹⁰.

Pero el amor del Padre a Cristo abarca en Él a todos los hombres¹¹. En el don absoluto de Sí mismo a Cristo pronuncia Dios su

⁷ Cf. J. ALFARO, *Persona y Gracia*, «Gregorianum» 41 (1960) 5-29.

⁸ Mc. 1,11; 9,7; 12,6; Mt., 3,17; 11,27; 12,18; Lc., 3,22; 9,35; 10,21; 20,13; Eph., 1,6; Jo., 1,14. 18; 3,16. 18. 35; 10,17; 15,9; 17, 24. 26.

⁹ Mc. 12,6; 13,32; 14,36; Cf. J. JEREMIAS, Abba. *Studien zur neutestamentlichen Theologie und Zeitgeschichte* (Göttingen, 1966), pp. 46-66, 145-152; W. MARCHEL, Abba, Père. *La Prière du Christ et des chrétiens* (Rome, 1963), pp. 101-181.

¹⁰ Jo. 5,19-36; 6,57; 8,28-29; 10,15. 23. 27. 30. 38; 12,46-50; 14,10-12; 16,32; 17,11.-12. 20.

¹¹ Eph. 1,6.

irrevocable «sí» salvífico a favor de los hombres y entrega por ellos su propio Hijo¹². La gracia consiste fundamentalmente en el acto de la absoluta comunicación de Dios a su Hijo, hecho hombre, y por Él a la humanidad pecadora. Esto quiere decir que toda la gracia de Dios está contenida en la Encarnación.

La experiencia religiosa de Cristo es la repercusión de su Filiación divina en la profundidad de su ser humano; en ella vive Cristo su existencia humana como el don permanente de su Padre¹³. Es la experiencia, única e irrepetible, de su intimidad filial con Dios. El IV Evangelio subraya su carácter de «visión de Dios», exclusivamente propia del Verbo Encarnado¹⁴. La reflexión teológica moderna la explica como *conciencia humana de su Filiación divina*, es decir, como autopresencia aconceptual de la Persona divina de Cristo en su interioridad humana¹⁵.

El diálogo personal con el Padre domina la existencia humana de Cristo¹⁶. En la soledad del «Yo-Tú», íntimo e inefable, se desarrolla el misterio de su Persona y de su misión, como *Siervo de Dios que da su vida por la salvación de todos los hombres, como personificación viviente del sacrificio de la Alianza Eterna de Dios con los hombres*¹⁷. Cristo es «el hombre para los hombres», porque es el Hijo de Dios hecho hombre, es decir, porque en el secreto de su conciencia humana vive la unión filial con Dios, Padre suyo y Padre de los hombres; su entrega total al amor del Padre incluye su entrega por los hombres¹⁸.

Es necesario poner de relieve el realismo humano del diálogo de Cristo con su Padre; su abandono y sumisión a Dios en el amor tienen todo el dramatismo del combate interior de la libertad humana ante el enigma doloroso del destino a la muerte. Cristo vive del modo más auténtico la pobreza de nuestra existencia¹⁹ en la experiencia de la «tentación»²⁰; aprende en su propio sufrimiento

¹² 2 Cor. 1,18-20; Rom. 5,8; 8,32; Jo. 3,16; 1 Jo. 4,9.

¹³ Mt. 11,27; Mc. 14,36; Jo. 5,26; 6,57; 8,29; 16,32.

¹⁴ Jo. 1,18; 6,46; 8,55; Cf. Mt. 11,27.

¹⁵ Cf. K. RAHNER, *Schriften zur Theologie*, I, 189-193; V, 222-248.

¹⁶ H. URS VON BALTHASAR, *Relation immédiate avec Dieu*, «Concilium» 29 (1967) 37-48.

¹⁷ 1 Cor. 11,23-26; Lc. 22,14-20. 26-27; Mc. 14, 21-25; 10,45; Mt. 26-29.

¹⁸ Jo. 10,17-18; 14,31; Rom. 5,19; Eph. 5,1,25 Phil. 2,8; Gal. 2,20.

¹⁹ 2 Cor. 8,9; Phil. 2,5-9; cf. J. B. METZ, *Armut im Geiste*: Gul. 34 (1961) 419-35.

²⁰ Mc. 1,13; Lc. 4,2. 13; Mt. 4,11; Heb. 2,17-18; 4,15.

la amargura de la muerte y de su aceptación en sumisión a Dios ²¹. En las circunstancias históricas de su vida, que convergen inevitablemente hacia su muerte y de este modo le revelan concretamente su misión como *Siervo de Dios para la salvación de los hombres*, ve progresivamente acercarse «la hora» de su sacrificio total, que finalmente se cumplirá en la Cruz ²².

La entrega libre de su propia vida en filial abandono y sumisión al Padre por los hombres constituye la decisión fundamental de Cristo, la que da a su existencia su definitivo sentido. Es la más auténtica *decisión humana*, condicionada por los límites y por el desarrollo del conocimiento humano, combatida en la situación de nuestro conocimiento categorial de Dios y madurada en el progresivo actuarse de la libertad ²³. Se comprende así por qué esta entrega total de Cristo, realizada en la sumisión filial y en el abandono confiado a Dios, su Salvador (este «apoyarse en Dios») es considerada en Hebr. 12,2 como la actitud perfecta y ejemplar de la existencia del creyente ²⁴.

En la Cruz termina Cristo «el acto total» de su existencia; cumple «su obra», la obra que ha recibido del Padre ²⁵. Su acto de morir coincide con su entrega total a Dios por los hombres ²⁶; es el «sí» absoluto, en el que realiza y expresa en «sí» absoluto del amor del Padre hacia Él y en Él a los hombres. Precisamente en el don total de Sí mismo a Dios por los hombres es Cristo definitivamente el «amadao de Dios», el Hijo que vuelve al Padre por la obediencia hasta la muerte. En Cristo se identifica el Don Absoluto de Dios y la respuesta absoluta del hombre, la palabra salvífica de Dios y su aceptación.

Su mensaje posee un carácter único, que revela el aspecto trascendente de su persona. Cristo no habla en nombre de Dios como los profetas, sino que personifica en su palabra la palabra misma de Dios ²⁷. Identifica su Persona y su misión con la pre-

²¹ Heb. 2,9-10; 5,7-10; Mc. 14. 32-42; Lc. 22,39-46; Mt. 26, 30-46.

²² Jo. 2,4; 7,30; 8,20; 12,23. 27; 13,1; 17,1; Mt. 26,18.

²³ Mc. 2,18-20; 8,31-33; 9,31; 10,33-34; 12,1-8; 14,8; Lc. 5,35; 9,22-27. 44-45; 12,50; 13,33-35; 17,25; 20,18-19; 22,22.

²⁴ Cf. L. MALEVEZ, *Le Christ et la foi*: NRTh 88 (1966) 1009-1043.

²⁵ Jo. 4,34; 17,4; 19,28-30.

²⁶ Mc. 15,34-38; Mt. 27,45-50; Lc. 23,46; Jo. 19,28-30; Phil. 2,5-9; Heb. 5,7-9.

²⁷ Mt. 5,18; 21-22. 26-28. 31-35. 38-39. 43-44; 6,2. 5. 7. 16; 8,10; 10,15. 23. 42; 13,17;

sencia del Reino de Dios en el mundo; exige la adhesión incondicionada del hombre a su Persona y a su mensaje como respuesta al acto salvífico de Dios ²⁸.

La vinculación de la salvación del hombre con la fe en Cristo coincide con el origen mismo de la Iglesia ²⁹. La teología paulina centra toda la vida del creyente en la Persona misma de Cristo ³⁰. El IV Evangelio presenta a Cristo como la Palabra personal de Dios, que se ha hecho hombre para manifestar a los hombres el misterio de Dios, su Padre, y comunicarles así la «vida eterna», es decir, su propia vida que es la vida misma de Dios. Cristo es no solamente el centro de la fe, sino también su fundamento: la fórmula véterotestamentaria «creer a Dios» («apoyarse en Dios») pasa a ser «creer a Cristo» ³¹.

3. La fe surge del mensaje cristiano y de la llamada interior del hombre por la gracia de Cristo. El núcleo del mensaje cristiano es el cumplimiento y la revelación definitivos del amor salvífico de Dios en Cristo: «en el acto de su gracia absoluta quiere Dios dar al hombre la comunión de vida con Él y cumple esta donación absoluta de Sí mismo en la Encarnación, Muerte y Resurrección de su Hijo, cuyo Espíritu crea por la Iglesia en los hombres la intimidad filial con Dios, el amor fraterno entre sí y la esperanza de participar en la gloria de Cristo Resucitado, Señor de la creación». La presencia del Espíritu de Cristo crea en el creyente la realidad misma expresada en el mensaje; la gracia de Cristo y la revelación cristiana se corresponden y completan entre sí como la experiencia interior de la «adopción filial» y su expresión objetiva ³². Su unidad comporta la salvación del hombre en todas las dimensiones de su existencia: en su deseo profundo de encontrar a Dios, que le revela en Cristo, su Hijo hecho hombre, y se le manifestará finalmente cara a cara en la visión; en su situación de pecador y en su necesidad de perdón, porque Dios ha cumplido y

16,28; 24,34. 47; 25,12. 40. 45; Jo. 13,20. Cf. G. EBELING, *Theologie und Verkündigung* (Tübingen, 1962), pp. 69-76.

²⁸ Mc. 1,15; 8,35-38; 10,29; Mt. 10,31-33; 12,28; 19,28; 25, 40. 45; Lc. 6,22; 9,59. 60; 11,20. 23; 14,26; 16,16.

²⁹ Act. 4,12; 5,31; 10,34-36; 11,17; 13,23. 38; 15,11; 23.

³⁰ Rom. 10,9; 4. 25; Phil. 2,9-11; Col. 1,4. 26-28; Gal. 3, 26-27; Eph. 1,15; 1 Tim. 3,13.

³¹ Jo. 1,14. 18; 6,46; 8,16-38; 14,10-12; 5,38. 46; 8,31. 45. 46; 10, 37. 38.

³² Rom. 8,14-17; Gal. 4,6; Jo. 1,12-13; 1 Jo. 3. 1-2.

revelado en Cristo su reconciliación definitiva con el hombre; en su libertad, que por Cristo es llamada al diálogo de amor con el Dios de amor; en su destino a la muerte, porque Cristo ha vencida la muerte como Jefe de la humanidad y le ha dado su Espíritu como garantía y principio vital de resurrección; en su comunión interpersonal con los demás hombres, que por la gracia de Cristo ha sido elevada a cumplimiento de la unión del hombre con el mismo Dios; en su vinculación al mundo, que debe ser transformado por el hombre al servicio de la comunidad para que participe finalmente con ella en la gloria misma de Cristo.

El mensaje y la gracia de Cristo ponen al hombre en la situación de deber tomar una decisión; son la llamada a una existencia nueva por la conversión radical de la mente y del corazón.

Como palabra de Dios al hombre, el mensaje cristiano toma la forma de un contenido doctrinal; pero la realidad expresada en este contenido es Dios mismo en la actitud de darse al hombre en su propio Hijo, es decir, el amor absoluto de Dios realizado y revelado en la existencia de Cristo. No es posible comprender esta actitud de Dios sino en la actitud del amor: sin la opción radical del amor no se puede comprender este misterio de amor. La llamada a la fe es la invitación de la gracia a la intimidad con Dios³³; para percibir esta llamada, el hombre debe estar abierto a Dios como amor³⁴. Esta decisión fundamental de responder con un «sí» al acto salvífico de Dios en Cristo es la fe.

El sentido íntimo de la decisión de la fe está expresado en la fórmula bíblica «apoyarse en Dios»; a saber, fundar la existencia sobre Dios mismo en el misterio de su palabra y de su gracia: renunciar a vivir de la confianza en sí mismo, en los hombres o en el mundo, para abandonarse absolutamente al «Otro» trascendente, al Absoluto como Amor: superar el horizonte de la inteligencia humana y aceptar, como Verdad Absoluta, la revelación de

³³ Así expresa su vida de fe el profundo cristiano, que fue S. KIERKEGAARD: «... Yo he vivido con Dios, absolutamente a la letra, como se vive con un Padre. Amén» (Diario, IX A 65).

³⁴ «L'amore di Dio si manifesta a noi dapprima con la vocazione alla fede. La sua Parola è l'espressione della sua Carità. Non potremo mai incontrarci effettivamente col pensiero salvifico di Dio, se non ascoltando la rivelazione della sua Verità. La fede è in Dio una chiamata d'Amore. E dev'essere da parte nostra una prima fondamentale risposta d'amore» (PAOLO VI: L'Osserv. Romano, 22, VI, 1967, pág. 1).

Dios en Cristo; salir del amor de sí mismo y entregarse a la gracia de Dios como garantía única de salvación. Es una decisión que implica en tensión dialéctica el riesgo de la audacia y la confianza del abandono, porque en ella se desprende el hombre de su propia autosuficiencia y de toda seguridad intramundana para esperar la salvación exclusivamente como el don del mismo Dios.

Como respuesta al «sí» absoluto de Dios en Cristo, la fe es una decisión absoluta, que empeña irrevocablemente la libertad del hombre en su destino eterno; por ella queda orientada la existencia humana hacia el encuentro con Cristo más allá de la muerte.

Como aceptación de la gracia de Cristo, la decisión de la fe tiene lugar en el más profundo nivel de la libertad. La gracia es esencialmente invitación interior al amor y por eso se inserta en la interioridad suprema de la libertad, que es el amor; de este modo libera la libertad del hombre, imprimiéndole como ley fundamental la ley interna del amor, que excuye toda exigencia que no sea definitivamente a exigencia misma del amor³⁵. Esto pertenece a la esencia misma del cristianismo: la ley del amor como exigencia suprema y exclusión de toda exigencia impuesta meramente desde fuera: responsabilidad suma en suma libertad. La gracia de Cristo eleva hasta su punto culminante la libertad del hombre, haciéndola capaz del diálogo de amor con Dios. En la libre aceptación del don mismo de Dios llega el hombre a su plenitud como persona; precisamente en esta aceptación se entrega él mismo al amor de Dios y en esta entrega cumple su decisión personal suprema. Es el acto más personal, insustituible e íntimo del hombre en el sagrado secreto de su conciencia, «donde él se encuentra a solas con Dios, cuya voz resuena en su propia intimidad»³⁶.

Como Cristo vivió la decisión fundamental de su existencia en el diálogo inmediato con Dios, su Padre, el cristiano vive la opción radical de su fe en el diálogo personal con Cristo. La unión con Cristo mismo tiene en la fe la prioridad absoluta; pero exige por sí misma la adhesión a la Iglesia. La unión personal con Cristo y la libre incorporación a la comunidad eclesial no son absolutamente idénticas; la primera funda y exige la segunda. La fe en la Iglesia supone la fe en Cristo, quien es el fundamento definitivo de la fe;

³⁵ Gal. 4,4-7; 5,1. 13. 16. 18. 25.

³⁶ *Conc. Vat. II, Const. Past. «Gaudium et Spes», n. 16.*

pero sin la adhesión a la Iglesia no realiza el creyente plenamente (en la totalidad humana de su ser corpóreo-espiritual) su unión interior con Cristo³⁷. La sumisión del cristiano a la Iglesia visible tiene, pues, la misma interioridad de libertad radical, que implica su diálogo personal con Cristo; el creyente acepta la Iglesia, porque en la soledad de su decisión personal se entrega a Cristo y para cumplir en su plenitud esta entrega. Las leyes de la Iglesia no son, pues, en último término, una imposición externa, porque la aceptación misma de la Iglesia tiene lugar en aquella interioridad del diálogo con Cristo, en el que intervienen únicamente la palabra y el Espíritu de Cristo! la ley definitiva del cristiano (y en este sentido la ley única) es la ley del amor a Cristo, que excuye toda exigencia, que no sea la exigencia misma del amor. La unión personal con Cristo en el nivel más profundo de la libertad constituye la componente permanente y fundamental de la fe; toda la existencia cristiana recibe su sentido de la interioridad de esta relación personal a Cristo por la fe: es una existencia que «se apoya en Dios», sostenida por Cristo.

La actuación consciente de esta dimensión interior de la fe es la oración, que por eso pertenece a la existencia cristiana como un momento esencial de la misma. El alma de la oración es la experiencia de nuestra dependencia de Dios y de su gracia en Cristo (a saber, la actuación del «apoyarse en Dios»), el reconocimiento de nuestra infidelidad y de la impotencia de superar nuestro radical egoísmo (reconocimiento inseparablemente unido a la confianza en la palabra de reconciliación de Dios en Cristo) y la disponibilidad incondicionada del «sí» de la fe ante el don absoluto de Dios interiorizado en el hombre por la experiencia de su gracia. Sin esta disposición interior de la fe, como respuesta fundamental incondicionada al amor de Dios en Cristo, la oración del hombre no entra realmente en contacto con el misterio de Dios, es decir, no es auténtica oración; con tal disposición viene a ser toda la existencia del cristiano una oración implícita permanente.

La interioridad de la fe alcanza una profundidad privilegiada en la experiencia del sufrimiento vivido en la soledad personal (su dimensión sagrada) con Cristo, es decir, aceptado en silencio por

³⁷ *Conc. Vat. II*, Decr. «Unitatis Redintegratio», nn. 12. 15. 20-23.

la renuncia a la defensa de sí mismo ante la incomprensión de los otros y tal vez ante la misma injusticia, sin buscar otro apoyo que la palabra de Dios en el misterio de la muerte de su Hijo. Solamente por esta experiencia de la fe en el sufrimiento se llega a la comprensión existencial del misterio de la Cruz; quien no sabe sufrir a solas con Cristo y como Cristo (en la entrega de sí mismo a Dios para los otros), no conoce internamente que significa *creer en Cristo* (con Él y como Él); la imitación de Cristo y la fe en Cristo se implican y condicionan mutuamente. El sufrimiento vivido en comunión con Cristo comporta la experiencia de la potencia de la gracia de Cristo, es decir, la experiencia de la existencia en la fe como existencia fundada en Cristo y sostenida por Él: en el sufrimiento por Cristo vive el hombre su fe como don de Cristo ³⁸.

La decisión de la fe alcanza su interioridad suprema y su autenticidad absoluta por la aceptación de la muerte en la sumisión y el abandono filial a Dios como Misterio de amor en Cristo. La presencia de la muerte suscita en el hombre la experiencia de su pobreza total (de su nada cratural), de su impotencia de salvarse dentro del horizonte intramundano y de su decisiva soledad personal; es una invitación a «apoyarse en Dios» y abandonarse totalmente a Él en el «acto total» de su existencia. La aceptación de la muerte como llamada de Dios implica el más auténtico acto de fe, porque en ella no tiene el hombre otro apoyo que la palabra de Cristo y lleva a su cumplimiento definitivo su entrega confiada a la gracia de Cristo: al perder definitivamente su existencia en el mundo, funda en Cristo (por la fe) su existencia más allá de la muerte. La presencia permanente de la muerte en la existencia humana exige del cristiano la autenticidad absoluta de la fe en la aceptación permanente de la muerte, como participación en el misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo.

4. El mensaje cristiano tiene carácter existencial, porque expresa el acto absolutamente imprevisto de la gracia de Dios, cumplido y revelado en la existencia de Cristo, y porque da a conocer

³⁸ El breve artículo de K. RAHNER, *Über die Erfahrung der Gnade* (Schriften Zur Theologie, III, 105-109) expone este tema con una notable profundidad religiosa.

al hombre su situación existencial de pecador, llamando a la intimidad filial con Dios; por eso su aceptación puede tener lugar solamente en la decisión existencial, que se llama fe.

No es una decisión pura a la manera kierkegaardiana³⁹. El hombre debe poder justificar de algún modo ante su propia razón su decisión irrevocable de creer; debe controlar, no la palabra misma de Dios (cuya única posible justificación es Ella misma), ni el acto mismo de fe en cuanto está fundado por la palabra de Dios y sostenido por su gracia, sino únicamente su propia opción libre de creer. En la decisión de la fe el creyente no puede renunciar a las exigencias fundamentales de su libertad humana, que le prohíben tomar o mantener esta decisión fundamental sin conocer suficientemente las razones que la justifican; debe, pues, poder discernir si su llamada a la fe es una persuasión meramente subjetiva (una ilusión) o más bien una realidad. Para ello necesita de los «signos», que manifiestan el origen divino del cristianismo, y de un conocimiento racional de los mismos (por más rudimentario e implícito que sea)⁴⁰.

Pero el acto de fe no es la conclusión de una demostración racional. Las razones para creer garantizan al hombre solamente la rectitud humana de su decisión de creer. La teología no ha puesto de relieve que los «signos de credibilidad», *son dignos del misterio* de la revelación divina, y, por consiguiente, no solamente no exigen de la decisión de la fe, sino que la exigen; por su mismo carácter de signos de la palabra de Dios invitan el hombre a trascenderlos para apoyarse definitivamente en el misterio mismo de Dios en su palabra. Porque la palabra divina es en sí misma misterio, el misterio de Dios que por Sí mismo se manifiesta como Dios; es la palabra que se justifica por sí misma como absoluta-

³⁹ Cf. H. BOUILLARD, *Logique de la foi* (Paris, 1964), pp. 67-86; L. DUPRÉ, *La dialectique de l'acte de foi chez S. Kierkegaard*: RSPTh 32 (1948) 169-202. — R. BULTMANN concibe también el acto de fe como decisión existencial pura, carente de todo fundamento racional. Cf. R. MARLÉ, *Bultmann et l'interprétation du Nouveau Testament* (Paris, 1956), pp. 86-120; L. MALEVEZ, *Le Message chrétien et le Mythe* (Bruxelles, 1954), pp. 25-61. 129-134; G. HASENSÜTTL, *Der Glaubensvollzug* (Essen, 1963), pp. 156-164.

⁴⁰ Cf. H. BOUILLARD, op. cit., 15-18; G. DE BROGLIE, *Les signes de crédibilité de la Révélation chrétienne* (Paris, 1964), pp. 18-48; R. LATOURELLE, *Le Christ Signe de la révélation selon la constitution «Dei Verbum»*, «Gregorianum» 47 (1966) 685-709; L. MALEVEZ, *Jésus de l'histoire, fondement de la foi*, NRTh 89 (1967) 785-799; H. VOLK, *Glaube als Gläubigkeit* (Mainz, 1963), pp. 99-106.

mente digna de ser creída y exige ser aceptada como tal. El hombre puede comprender que, si Dios habla, tiene que hablar como Dios (es decir, con la exigencia absoluta de ser creído solamente porque Él es Quien habla), y que en su respuesta a la palabra de Dios debe creer ante todo que *Dios ha hablado*; pero la majestad trascendente de la palabra divina, que lleva en sí misma el fundamento de su absoluta credibilidad, no podrá ser entendida, sino únicamente adorada por él. La fe cree ante todo su mismo fundamento, a saber, Dios mismo que habla; no es un salto en el vacío, sino en el misterio mismo de Dios como palabra ⁴¹. El misterio de la revelación divina, fundamento de la fe, se identifica con el misterio mismo de la Encarnación: como Palabra personal de Dios, a saber, la realización definitiva y cualitativamente suprema de la revelación de Dios. Los «signos» de Cristo son signos del misterio de su Filiación divina y de su misión salvífica; por eso ponen al hombre ante la decisión existencial de la fe: *creer a Cristo y en Cristo, y en la fe recibir de Él la «vida eterna», que es Él mismo*. La certeza absoluta de la revelación de Dios en Cristo no puede tener lugar sino en la misma decisión existencial de la fe.

«*Existencia en la fe*» quiere decir *existencia fundada en el misterio de la palabra de Dios por Cristo*. La decisión de la fe tiene su definitiva profundidad existencial en este «apoyarse en el Otro», a saber, en el misterio inefable de la gracia de Dios revelada en Cristo. El hombre siente miedo ante la llamada de su conciencia a entrar en el misterio de la palabra de Dios, a vivir «en la fe sola», en último término, «en solo Dios». Por eso el hombre vive la fe como riesgo y prueba, como la «tentación» fundamental de su libertad. Es una decisión en la que se juega el todo por el todo ⁴²: renuncia a toda seguridad lograda por sí mismo y se abandona al misterio de Dios en Cristo.

El acto de fe es un misterio para el mismo creyente ⁴³, un misterio vivido por él en la decisión misma de la fe: el creyente se vive a sí mismo en comunión de vida y diálogo personal con Dios. Es el misterio de la cercanía de Dios en su palabra, Cristo, y de la

⁴¹ J. ALFARO, *Fides, Spes, Caritas* (Roma, 1963), pp. 378-423. 436-463.

⁴² Mt. 16,24-26; Lc. 9,23-25. — Cf. JIMÉNEZ DUQUE, *El compromiso vital y dinámico de la fe*, «Revista de Espiritualidad» 26 (1967) 367-381.

⁴³ Cf. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De Revelatione* (Roma, 1945), I, pp. 428.

intimidad con Él: es la experiencia inefable de la autocomunicación de Dios en Sí mismo y del cumplimiento de la misma en la aceptación del hombre vivida como don del mismo Dios. Es el encuentro del misterio del Absoluto como palabra y gracia con el misterio del hombre como respuesta y entrega de sí mismo.

La insuperable inadecuación entre lo vivido y lo pensado por el hombre en la decisión de la fe pertenece al carácter existencial y misterioso de esta decisión. Tal inadecuación se inicia ya en la misma llamada a la fe, que no está constituida exclusivamente por el conocimiento racional de los «signos» de la revelación divina, sino principalmente por atracción interior aconceptual («instinctus interior») de Dios hacia Sí mismo⁴⁴; solamente en esta inefable «palabra interior» capta el hombre el mensaje cristiano como *invitación personal* a la fe. Por eso el creyente no podrá nunca analizar, ni racionalizar plenamente su llamada a la fe; el elemento decisivo de esta llamada escapa a todo intento de reflexión. Precisamente en esta definitiva inefabilidad de la certeza plena de deber creer vivo el creyente la voz de su conciencia como la voz de Dios; pero no logrará esta plenitud de certeza sino en la misma decisión existencial de creer: la llamada de Dios no es plenamente conocida como tal sino en la respuesta misma de la fe.

Porque el acto de fe se funda en el misterio de la palabra de Dios en Cristo bajo la inefable atracción de su gracia y la libre respuesta del hombre, su certeza es absolutamente única, paradójicamente la certeza más firme y la más amenazada. El creyente posee la certeza refleja absoluta de la revelación divina y la certeza vivida de su acto mismo de creer; pero no tiene la certeza refleja plena de la autenticidad de su acto de fe, es decir, de la radical sinceridad de su decisión de creer. No se posee plenamente a sí mismo en ella y por eso no tiene la evidencia de que en lo profundo de su libertad acepta la palabra de Dios. La infidelidad a su propia fe en sus acciones (la permanente falta de correspondencia entre la fe y la existencia) le descubren la presencia ineliminable de la incredulidad dentro de sí mismo⁴⁵. No podrá decirse a sí mismo con certeza inconcusa que realmente cree a Dios y deberá

⁴⁴ Cf. J. ALFARO, *Supernaturalitas fidei iuxta S. Thomam* (Roma, 1963), pp. 752-767.

⁴⁵ Cf. J. B. METZ, *L'Incroyance, problème théologique* «Concilium» 6 (1965) 63-82.

superar continuamente esta inadecuación entre su certeza absoluta de la palabra de Dios y su deficiente certeza de la propia fe en un siempre nuevo «apoyarse en Dios», es decir, en el abandono mismo de la fe: la seguridad del creyente está solamente en Dios. La fe se conoce a sí misma en la decisión existencial, que la lleva fuera de sí misma al misterio de Dios.

La decisión de la fe lleva en sí mismo la escisión interior de una plenitud siempre buscada y nunca definitivamente lograda; es una decisión irrevocable, pero no una posición conquistada de una vez para siempre. El creyente vive la palabra de Dios como una llamada a la conversión permanente, es decir, a profundizar en un empeño personal creciente la opción de la fe; porque ninguna respuesta concreta de su fe elimina definitivamente la interna presencia amenazadora de la incredulidad, debe reasumir siempre de nuevo su decisión fundamental de creer para actuarla y cumplirla: *vive de la fe hacia la fe*. Pero la existencia del creyente no es una serie discontinua de decisiones disgregadas entre sí; las decisiones precedentes gravitan sobre las venideras y la decisión actual reasume las precedentes (incluyéndolas por la fe en la fe o excluyéndolas por la incredulidad). La seriedad del diálogo del hombre con Dios en la fe exige de él la fidelidad permanente a su misma fe, en último término, a Dios mismo en la incesante interpelación de su palabra. El «acto total» de la existencia cristiana se realiza continuamente y progresivamente en la decisión, fiel a sí misma y siempre nueva, de la fe.

5. La revelación cristiana da al hombre una visión total de su existencia humana, centrada en Cristo como Mediador entre Dios y los hombres, Primogénito de la comunidad humana y Señor de la creación (unificación de la humanidad y finalización del mundo en el Hijo de Dios hecho hombre). Cristo ha elevado el hombre a la intimidad filial con Dios; ha transformado las relaciones interpersonales humanas en el vínculo fraterno de la comunión en su propia vida divina; ha salvado el hombre en su totalidad corpórea-espiritual por la participación en la gloria de su Resurrección más allá de la muerte y ha dado así un nuevo sentido a la mutua vinculación entre el hombre y el mundo, y, por consiguiente, al mismo mundo: la Glorificación de Cristo comporta el destino de la humanidad y del mundo a su plenitud esca-

tológica. Por el don de su Espíritu a la Iglesia interioriza Cristo en cada hombre («existencial crístico») la llamada al amor filial para con Dios, a la fraternidad humana y a la obra de transformar el mundo como anticipación y preparación de la creación a su participación escatológica en su gloria.

Como aceptación de la revelación y de la gracia de Cristo, la decisión de la fe empeña el hombre en todas las dimensiones de su existencia; principalmente, pero no exclusivamente, en el diálogo personal con Dios. El hombre no es interioridad espiritual pura, sino interioridad encarnada; por eso no puede actuar su misma relación a Dios sino en su comunión interpersonal con los demás hombres y en su vinculación al mundo ⁴⁶.

En su mismo compromiso radical con Cristo está el cristiano comprometido con la comunidad humana; el amor y el servicio de los hombres representa para él concretamente el amor y el servicio de Cristo ⁴⁷. El amor de los hombres pertenece a la plenitud de la ley cristiana ⁴⁸: el creyente debe ser, como Cristo, «el hombre para los hombres» ⁴⁹. El amor sincero y el servicio desinteresado de los hombres (que solamente la gracia de Cristo puede crear en el corazón del hombre) implican en sí mismos la unión inmediata con Cristo: la fraternidad cristiana pertenece a la «virtud teológica» («cristológica») de la caridad, es decir, entra en la misma relación filial del hombre con Dios por Cristo.

En el compromiso de su fe el cristiano está comprometido con el mundo y su progreso, no solamente porque el Dios de la Alianza le llama a acabar con su trabajo la obra de la creación y porque el servicio de los hombres exige de él la contribución al progreso de la humanidad mediante la transformación del mundo, sino también porque el universo está finalizado en Cristo y su transformación por el hombre bajo la gracia de Cristo («existencial crístico» del hombre y del mundo por el hombre) es «ya ahora» la realización anticipada del Reino de Cristo ⁵⁰ y la preparación intrínseca

⁴⁶ H. HRS VON BALTHASAR, *Glaubhaft ist nur Liebe*, pp. 54-97; J. RATZINGER, *Vom Sinn des Christseins* (München, 1965), pp. 53-70.

⁴⁷ *Conc. Vat. II*, *Const. Past. Gaudium et Spes*, nn. 24. 27. 28. 32. 37-39.

⁴⁸ Rom. 13,8-10; Gal. 5,14; Eph. 5,1-2; Col. 3,12-14; 1 Tim. 1,5.

⁴⁹ Jo. 13,12-17; Lc. 22,26-27; Gal. 5,6.13; Eph. 5, 1-2; Phil. 2,5-9.

⁵⁰ *Conc. Vat. II*, *Const. Past.*, «*Gaudium et Spes*», nn. 34. 38. 39. 45; *Const. Dogm.*, nn. 48-49.

del universo a la participación y expresión de la gloria escatológica del Señor⁵¹. El compromiso del cristiano con el progreso del mundo al servicio de los hombres es tan radical como su compromiso con Cristo y con los hombres.

Volvemos así al concepto bíblico de fe como respuesta *total* del hombre a la palabra de Dios: no solamente conocimiento del Dios de la salvación y confianza en Él, sino también sumisión a Él por el cumplimiento de las exigencias de la Alianza, sobre todo en el amor. Ésta es según san Pablo la fe, que recibe el don de la justificación: *la fe viva, que obra por el amor al servicio de los hermanos*⁵². La fe paulina no excluye las obras, sino que las incluye como acabamiento de sí misma; excluye la autosuficiencia del hombre, que se «gloríe» en sus obras y pretende poder salvarse por su observancia de la ley: el creyente no es justificado ni salvado por lo que él hace, sino por lo que recibe de Dios en Cristo⁵³.

La Primera Carta de san Juan señala con fórmula enérgica cuál es la fe, que da el conocimiento del Dios de la gracia: *quien ama (a los hombres) conoce a Dios: quien no les ama, no le conoce*⁵⁴. Solamente en el amor de Dios, cumplido en el amor de los hombres, logra la fe a su plenitud como fe; solamente en esta fe recibe el hombre *ya desde ahora* «la vida eterna»⁵⁵.

La acción del cristiano no debe ser considerada como mera expresión o resultado de su fe, ni como complemento de la misma, sino como su auténtico cumplimiento: el hombre no acepta plenamente como hombre (en la totalidad-unida de su ser corpóreo-espiritual) la palabra de Dios, sino en su acción. La fe no es una

⁵¹ Cf. L. MALEVEZ, *La vision chrétienne de l'histoire*. II. Dans la Théologie catholique: NRTh 71 (1949) 244-264.

⁵² Gal. 5,6.13; 1 Thes. 1,3; Eph. 2,10. — «Selon la doctrine constante de Paul, la foi demeure le principe de justification et du salut, mais une foi «vive», c'est-à-dire qui opère au moyen de l'amour» (S. LYONNET, *Les Epitres de S. Paul aux Galates, aux Romaine* [Paris, 1959], p. 38. Cf. H. SCHLIER, *Der Brief an die Epheser* [Dusseldorf, 1962, pp. 115-118]). — «Le contexte indique donc de donner à ἔργον le sens de prestation réelle et effective, d'acceptation dans les faits, dans la pensée, la vie, dans toute l'activité, de Jésus-Christ, de son message et de ses exigences» (B. RIGAUX, *Les Epitres aux Thessaloniens* [Paris, 1956], p. 362. Cf. H. SCHÜRMAN, *Der erste Brief an die Thessalonicer* [Düsseldorf, 1965]), p. 35.

⁵³ Rom. 3,22-24; 4,2-5. 13-21; 9,6-22; Gal. 2, 16-22; 3,22.26; Eph. 2,9; 1 Cor. 4,7; Phil. 2,13; 3,3.

⁵⁴ 1 Jo. 4,7-8; 16.

⁵⁵ 1 Jo. 5,12-13; Jo. 3,16.

decisión puramente interior, sino una decisión plenamente humana; las obras la constituyen como sumisión total del hombre a la gracia de Dios en Cristo. La consideración de las obras como mera consecuencia y manifestación de la fe se funda en una deficiente antropología; se olvida que el hombre se hace progresivamente por su acción en el tiempo y que su acción actúa su estructura fundamental de «espíritu-en-el-mundo» y por eso implica esencialmente la realización de su libertad en la vinculación con los hombres y el mundo, que su corporeidad le impone. Como asentimiento *real* al mensaje cristiano, la fe incluye la *realización* del mensaje en la existencia; como confianza en la gracia de Dios por Cristo, implica el amor y la sumisión filial cumplidos en las obras: solamente en el amor es auténtica la confianza en a palabra salvífica de Dios y solamente en las obras llega el amor a su autenticidad.

«Justificación por la fe» equivale en la teología paulina a la «justificación como gracia». La fe es en sí misma confesión del don absoluto de Dios, que nos perdona nuestros pecados y nos llama a participar en su propia vida ⁵⁶.

En primer lugar, porque la fe tiene como centro el misterio absoluto del amor salvífico de Dios, cumplido y revelado en la Encarnación, Muerte y Resurrección de su Hijo ⁵⁷. Todo acto de me, cualquiera que sea su contenido objetivo, termina definitivamente en Cristo, porque en Él culmina la autodonación personal de Dios en Sí mismo al hombre.

En segundo lugar, porque la fe es en su mismo aspecto formal «apoyarse en Dios», a saber, afianzarse solamente en su palabra, abandonarse totalmente a su promesa y someterse incondicionadamente a su amor ⁵⁸: la fe se funda en el misterio inefable de la gracia de Cristo. El conocimiento, el amor y la acción del creyente están sostenidos por la verdad, el amor y la potencia de Dios en Cristo.

En tercer lugar, porque la misma fe «justificante» pertenece a la «nueva creación» del hombre por Cristo, a la «adopción filial», es decir, a su renovación interior por el Espíritu de Cristo. Como es Dios mismo quien gratuitamente justifica al pecador, es Él quien

⁵⁶ Rom. 3,24; 4,4.5.16; Eph. 2,8-10.

⁵⁷ Rom. 10,9-10; 4,24-25; 1 Cor. 15,12-17; Gal. 4,4.

⁵⁸ Rom. 4. 3. 20. 21; Gal. 3,6.

crea en el hombre la fe como aceptación de su palabra de reconciliación. Solo Dios por Cristo justifica y salva: la fe, en la que el hombre recibe el don de la justificación, pertenece al «ser-gratuitamente-justificado» del hombre. La totalidad de la «salvación-por-la-fe» es don de Dios⁵⁹. La fe es el fundamento de la justificación, porque ella misma es la gracia fundamental: el hombre recibe la fe en la fe.

Finalmente, porque la experiencia de la fe es radicalmente experiencia de recibir el don absoluto de Dios en Cristo. En el acto mismo de creer, vive el hombre su fe como vida de Cristo en él: vivir en la fe es vivir de Cristo⁶⁰. En el acto de conocer a Cristo, sabe existencialmente que Cristo se le da a conocer⁶¹; en el acto de abandonarse a Cristo, experimenta que Cristo le sostiene; en el acto de someterse al amor de Cristo, se sabe amado por Él. La gracia de Cristo es vivida por el creyente como experiencia de la intimidad filial con Dios, es decir, del amor de Dios en Cristo⁶². La confianza filial es el reconocimiento vivido de la Gracia Absoluta, que es el Don de Dios mismo por Cristo. En la decisión misma de su donación personal a Dios por la fe conoce el creyente vitalmente su decisión como don de Dios, más aún, como autodonación del mismo Dios. El amor del hombre a Dios lleva en sí mismo la experiencia del amor de Dios al hombre; es vivido por el hombre como atracción de Dios hacia la intimidad con Él, es decir, como amor suscitado en él por el amor de Dios hacia Él. Dicho en términos paulinos, «conocer a Dios» es «ser conocido por Él»⁶³. En el milagro de su amor a Dios se manifiesta al hombre el milagro del amor de Dios a él. Como existencia en la fe, la existencia cristiana es indivisiblemente gracia total y responsabilidad radical, conciencia de recibir el Don absoluto, que es Dios en Sí mismo, y empeño de la libertad ante las exigencias del amor de Dios.

La opción permanente de la fe deja intacta la gratitud de la permanente justificación del hombre en su progresiva santificación: la respuesta del creyente no modifica en nada el carácter

⁵⁹ Cf. Eph. 2,8-10; 3,17; Gal. 2,20; 3,26-28; 5,25; 6,8. 15; 1 Cor. 7,19; Phil. 1,29; 2,13 Rom. 8,14; Col. 3,9-11; 1 Tim. 1,12; 2 Tim. 2,1.

⁶⁰ Gal. 2,20.

⁶¹ Jo. 10,14. 27; 14, 20-23; 15,5. 9. 10; 1 Jo. 4,7-10. 13-16.

⁶² Rom. 8,14-17; Gal. 4,6.

⁶³ 1 Cor. 8,3; Gal. 4,9; Rom. 8,28-29.

absolutamente indebido de toda gracia recibida por él. Dios no da al hombre su gracia, *porque* el hombre obra rectamente; la gracia de Dios no tiene otra razón que su amor y ella es la que suscita la misma respuesta libre del hombre ⁶⁴.

La «justificación por la fe» es «salvación en esperanza». La fe, inseparablemente unida a la esperanza, recibe de ella su dimensión escatológica; espera la salvación como la gracia de la revelación definitiva de Dios en Cristo ⁶⁵. Por eso tiende hacia la decisión del «acto total» del hombre en la muerte, aceptada como condición del encuentro con Cristo Glorioso y cumplida finalmente en el abandono definitivo de la propia existencia al amor salvífico de Dios. Esta entrega de sí mismo al amor de Dios permanecerá para siempre en la misma visión de Dios: la eterna donación beatificante de Dios al hombre será recibida en el abandono absoluto del hombre al Misterio inagotable de la vida intradicina ⁶⁶.

6. Las reflexiones precedentes permiten concluir que, lejos de comportar la alineación de la existencia humana, la fe interpreta sus dimensiones fundamentales y les confiere su definitiva plenitud. El hombre lleva el problema radical de su existencia en su propia interioridad (presencia vivida de sí mismo), que le revela su trascendencia sobre el mundo y la ilimitada aspiración de su espíritu; la fe descubre en la ilimitación espiritual del hombre su apertura al Absoluto Personal en Sí mismo y la eleva a la intimidad del diálogo con Dios hasta el encuentro cara a cara con Él en la visión. El problema radical del hombre se agudiza en la experiencia de la muerte, que le hace sentir su anhelo incoercible a una supervivencia sin límites; la fe ilumina el sentido de esta experiencia con la certeza de una existencia nueva del hombre en la totalidad de su ser corpóreo-espiritual. La fe cristiana, no solamente reconoce el valor absoluto de la persona humana como «imagen de Dios», sino que ve en cada hombre un hermano de

⁶⁴ S.Th. I, q. 19, a. 5; *Cont. Gent.*, I, 86-87; *De Ver.*, q. 6, a.2. Cf. J. ALFARO, *Justificación barthiana y justificación católica* «Gregorianum» 39 (1958) 765-768.

⁶⁵ Rom. 5,1-10; 8,19-24; Gal. 5,5.

⁶⁶ «Dieu se donant et se donnant encore, et nous l'acceptant et nous donnant a lui en retour dans un mouvement de vie toujours reproduit et toujours nouveau, telle sera la joie de l'éternité, dont la foi contient l'avant-gout» (*Annal. Phil. Chrét.*, 159 (1909-1910) 410-411. — Cf. L. MALEVEZ, *Le Christ et la foi*, NRTTh 88 (1966) 1038-1941.

Cristo, llamado por Él a participar en la vida misma de Dios, y eleva las relaciones interpersonales humanas al nivel de la unión del hombre con Cristo; la Iglesia, comunidad del amor, es por Cristo el Sacramento de la intimidad del hombre con Dios y de la fraternidad universal⁶⁷. La tarea de transformar el mundo para el progreso de la humanidad viene a ser servicio de amor a los hombres e instauración del Reino de Cristo, es decir, salvación del hombre en el tiempo y en la eternidad; la renovación del mundo ha quedado irrevocablemente establecida por la Resurrección de Cristo y comienza ya desde ahora en la obra del hombre sobre el mundo bajo la acción de su Espíritu: la historia de la humanidad no se desarrolla bajo el signo de un movimiento indefinido, sino que avanza hacia su Porvenir Absoluto en el encuentro con Dios por Cristo. En la fe no se aliena el hombre de sí mismo, sino que se encuentra plenamente a sí mismo.

Lo que en último término separa la fe de la incredulidad no es, sin embargo, la diversa interpretación de las relaciones interpersonales humanas, ni de la mutua vinculación entre el hombre y el mundo; es más bien la diversa respuesta al problema radical, que representa para el hombre mismo su propia interioridad, a saber, la autoluminosidad de su conciencia, la ilimitación irreprimible de su aspiración constitutiva, que le impone la pregunta de un más-allá Absoluto. Si el hombre estuviese absolutamente cerrado en su finitud intramundana, le faltaría todo punto de referencia para preguntarse en la misma interioridad constitutiva del hombre, no existiría para él el problema mismo de Dios. Es, pues, la incredulidad la que aliena al hombre de Dios⁶⁸, y en su consecuencia le aliena de su propia profundidad interior; a huir de Dios, el hombre huye de lo más íntimo de sí mismo.

La fe cristiana empeña la libertad del hombre en el diálogo personal con Dios, que le interpela con la exigencia incondicionada de su amor; no debe sorprender que, si es realmente Dios quien invita al hombre con el Don Absoluto de Sí mismo, el resultado de este diálogo tenga un carácter absolutamente decisivo y, en este sentido, eterno. Ante la invitación de Dios el hombre debe inevitablemente correr el riesgo de aceptarla o rechazarla; la posibilidad

⁶⁷ *Conc. Vat. II, Const. Dogm. «Lumen Gentium», n. 1.*

⁶⁸ *Col. 1,21.*

del «no» condiciona la libertad del «sí»: solamente en la libertad de su respuesta es salvado el hombre como hombre y logra su plenitud como persona. La existencia cristiana es para los hombres dispuestos a empeñar hasta el fondo su responsabilidad personal. La tensión dramática de la libertad cristiana alcanza su más alto nivel en la aceptación y superación del inevitable riesgo de rehusar la gracia de Dios, mediante el confiado abandono del destino personal al misterio del amor de Dios en Cristo.

La fe cristiana exige su actuación en las circunstancias de la existencia cotidiana; es una decisión radical, que pide siempre decisiones concretas nuevas. La tentación permanente de descansar en la decisión una vez tomada es una amenaza constante para la misma fe. Nuestra experiencia de creyentes testimonia que banalizamos la fe en una existencia superficial de intereses inmediatos y convencionalismos conformistas, de renuncia a la tensión de nuevas decisiones: es el pecado oculto, pero no por eso menos profundo, de infidelidad a nuestra fe. En la medida en que el creyente deja de empeñarse en nuevas decisiones de fe, deja de ser creyente; en la medida en que la fe deja de informar las opciones concretas, que constituyen la existencia del creyente, deja de ser fe y pasa a ser creencia sin fe, fe sin fe. ¿No es ésta en nuestros días una grave amenaza para la fe, no menos grave que la amenaza de las desviaciones doctrinales? ¿No es tal vez la mayor debilidad del cristianismo actual la falta de «fe empeñada», la evasión de las exigencias que la fe impone a la existencia, la alarmante pobreza de vida cristiana en gran parte de los que profesan las creencias cristianas? ¿No arrastra la Iglesia una preocupante debilidad interna en el elevado número de fieles, cuyo cristianismo rutinario es más bien el resultado del ambiente social que de una opción personal profundamente arraigada, y cuya existencia se desarrolla de hecho al margen de sus creencias? El mensaje cristiano no puede ser testimonio de Cristo para el mundo, si no muestra su eficacia en la vida de los cristianos; la ausencia de «empeño existencial» equivale a la negación misma del mensaje.

El acto de fe surge como decisión existencial y la actitud de la fe se mantiene únicamente como actuación permanentemente renovada de esta decisión originaria. El abandono deliberado o la omisión práctica de la conversión permanente en las opciones con-

cretas de la existencia llevan al progresivo debilitamiento de la fe y pueden conducir hasta su desaparición total, aunque permanezca tal vez la profesión de la doctrina cristiana y por eso el individuo sea considerado por los demás o siga considerándose a sí mismo como creyente. Puede ocurrir, por el contrario, que un hombre sea considerado, o se considere a sí mismo como no-creyente, mientras en la actitud profunda de su libertad y en sus acciones se somete a un Valor Absoluto (cuyo verdadero nombre, Dios, ignora inculpablemente) y en esta permanente opción radical reconoce al Dios de la revelación y por consiguiente vive existencialmente la decisión de la fe, aunque no la exprese conceptualmente en la afirmación del mensaje cristiano. Todo hombre sinceramente dispuesto a seguir fielmente a toda costa la voz de su conciencia (que en realidad es para él la llamada de Dios de la gracia, por más que lo ignore), afirma implícitamente en el sentido definitivo de esta disposición su destino a un Porvenir Absoluto más allá de la muerte ⁶⁹.

La existencia en la fe es existencia auténtica, en cuanto empeña profundamente al hombre en su libertad interior y en su acción. Toda existencia auténtica reviste bajo la gracia de Cristo el carácter de existencia en la fe.

La fe ilumina la existencia del creyente; su existencia ilumina su fe. Sin la revelación cristiana no puede el hombre comprender plenamente su existencia; sin la actitud existencial no puede comprender la palabra de Cristo. La fe da la comprensión de la existencia; la existencia comporta la precomprensión de la fe. El misterio de Cristo se comprende finalmente en el «sí» de la decisión existencial cumplida en la acción.

La existencia cristiana es existencia en la fe. Pero la existencia del hombre no se identifica plenamente con la existencia en la fe, porque la fe no informa totalmente la existencia del creyente: la incredulidad se esconde en su interioridad, no solamente como una

⁶⁹ Si la decisión del hombre llega a tal nivel de profundidad, que empeña su libertad hasta la aceptación del Absoluto como Gracia, es una decisión de fe, aunque él no venga expresada en la aceptación del mensaje (a causa de la ignorancia inculpable del mismo); en este caso el sentido íntimo de la decisión trasciende la representación objetiva que la condiciona. Cf. J. ALFARO, *La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano*, «Concilium» 21 (1967) 56-69.

amenaza, sino también como un insuperable defecto de empeño total en la respuesta misma de la fe. Por eso el acto de fe es indivisiblemente aceptación y plegaria: *creo, Señor, ayúdame en mi incredulidad*⁷⁰. La fe comporta la confesión de sí misma como don de Dios. Si «nuestra fe es la victoria que vence al mundo», es porque «vence al mundo, quien cree que Jesús es el Hijo de Dios» y, finalmente, porque Cristo nos dice: «Tened confianza, Yo he vencido al mundo»⁷¹.

JUAN ALFARO, S. J.

⁷⁰ Mc. 9,24.

⁷¹ 1 Jo. 5,4-5; Jo. 16,33.

